

de la minoría, á pesar de su importancia. En tal coyuntura, y despues de vanas tentativas, me he decidido á formar un ministerio de transicion, compuesto de hombres especiales, que no perteneciendo á fraccion alguna de la asamblea están resueltos á dedicarse á los negocios sin prevencion alguna de los partidos. Los hombres honrados que aceptan esta patriótica tarea tendrán derecho á la gratitud del pais. La administracion pues continuará del mismo modo que antes. Las preocupaciones se dispararán con solo recordar las solemnes declaraciones del mensaje de 12 de noviembre. La mayoría real se reconstituirá, y será restablecida la armonía sin que los poderes hayan sacrificado nada de su dignidad, que es la que constituye su fuerza. Lo que ante todo quiere la Francia es reposo, y de los que ella ha investido con su confianza espera una conciliacion sin debilidad, una firmeza tranquila, la impasibilidad en el derecho.»

En su derecho estaba Luis Napoleon formando un ministerio compuesto de sugetos que no perteneciesen á la Asamblea; pero la mayoría, que le habia obligado á hacer uso de este derecho, llevó á mal que lo hiciese. En el fondo no era una mayoría real, sino un complejo momentáneo de tres partidos políticos, enemigos entre sí, legitimistas, orleanistas y socialistas: los primeros querian al heredero de la rama mayor de los Borbones, los segundos á la rama segunda, y los terceros ni la una ni la otra, sino el trastorno de toda sociedad. Los tres eran contrarios á Luis Napoleon, porque á los tres estorbaba. Los tres esperaban hacer su revolucion en 1852, época en que, segun la Constitucion de 1848, debia elegirse juntamente un presidente de la república y una Asamblea Nacional. Esto hacia preveer á todo el mundo una crisis terrible en que no habria un gobierno asegurado para salvar la Francia, y hé aqui precisamente lo que el partido so-

cialista queria para echar abajo fácilmente á los demas y ahogar en sangre á la Francia y á la Europa. Es verdad que la Constitucion podia ser revisada antes de 1852; pero á ello se opondria la misma mayoría. Asi es que en todo el año de 1851 iba en aumento la ansiedad general, no solamente en Francia, sino en toda la Europa; pues en todas partes se temia una crisis espantosa, un desquiciamiento universal, y como si dijéramos, el fin del mundo.

Nuevos incidentes aumentaban esta ansiedad en Francia. La base fundamental de su nueva Constitucion es la eleccion del presidente y de la Asamblea nacional por el sufragio universal; del presidente, por el sufragio universal de toda la Francia; de la Asamblea nacional, ó mas bien de sus fracciones departamentales, por el sufragio universal de cada departamento ó provincia. Por manera que el presidente era el elegido, el diputado de todas las provincias juntas, el elegido y diputado de toda la Francia; al paso que los individuos de la Asamblea no eran cada uno de por sí mas que el elegido y diputado de una provincia. Pues bien, en 31 de mayo de 1851, la Asamblea asi elegida alteró la base fundamental de la Constitucion y redujo casi una tercera parte el sufragio universal, exigiendo tres años de residencia continua, en lugar de seis meses, en la misma poblacion para poder ejercer en ella el derecho electoral; lo cual, privaba de hecho, probablemente contra la intencion de la Asamblea, á dos millones de honrados habitantes del campo de su derecho de votar. Concíbese que para elegir al funcionario de un ayuntamiento ó al diputado de un departamento sea menester habitar aquel departamento ó aquella poblacion por algun tiempo; pero que para elegir al funcionario, al diputado de toda la Francia, eleccion que solo puede recaer en un nombre conocido de toda la Francia, sea me-

nester á un honrado francés llevar tres años de residencia continua en la misma poblacion, esto no se concibe. No se vé bien claro qué mira se llevaba una asamblea francesa para poner una condicion tan poco necesaria. En la constitucion de 1848 se decia que si ninguno de los candidatos á la presidencia tuviera al menos dos millones de votos, la eleccion del presidente corresponderia á la asamblea nacional. ¿Seria quizá por si llegaba este caso por lo que la asamblea de 1851 disminuyó en dos ó tres millones el número de los votantes? Mas esto no hubiera sido franco ni francés. La sola duda sobre este punto ha dañado quizá mas de lo que se piensa á la consideracion de la asamblea de 1851 y de sus principales gefes, porque de una asamblea francesa se exige ante todo el honor y la franqueza.

Para precaver los inconvenientes que eran de temer, Luis Napoleon en su mensaje de 4 de noviembre de 1851 propuso á la asamblea se redujese á seis meses la residencia de tres años para votar. En 14 del mismo mes, la asamblea de 1851, por una mayoría de seis votos, desechó la proposicion del presidente de la república, la proposicion para que se devolviese á tres millones de franceses el derecho de votar que una condicion no razonable les quitaba. La Francia electoral vió con emocion á una asamblea nacional anularse á sí misma, reduciéndose á una mayoría de tres ó cuatro votos para negar á la Francia la devolucion del derecho electoral á tres millones de franceses.

Esta hostilidad contra el primer magistrado de la Francia pareció todavia mas chocante, cuando los cuestores de la asamblea legislativa pidieron implícitamente que el presidente de esta asamblea compartiese el mando del ejército con el presidente de la república. Esto equivalia á dividir la Francia en dos campa-

mentos armados el uno contra el otro y á preparar la victoria á la anarquía subterránea declarada de nuevo en algunos departamentos. La proposicion de los cuestores fué rechazada por una mayoría de 108 votos el 17 de noviembre; mas no por eso dejó de aparecer bien claro que ya la Francia no podia esperar nada de bueno de una asamblea que estaba tan poco acorde consigo misma como con el gobierno.

Sin embargo, el 26 de noviembre mostraba Luis Napoleon una sorprendente seguridad en la alocucion que dirigió á los industriales franceses que habian merecido menciones honoríficas en la esposicion de Londres. En ella dice: «He tributado ya un justo homenaje al gran pensamiento que ha presidido á la esposicion universal de Londres; pero en el momento de coronar vuestros esfuerzos con una recompensa nacional ¿puedo olvidarme de que tantas maravillas de la industria han sido comenzadas entre el ruido de las turbulencias y acabadas en medio de una sociedad sin cesar agitada así por el temor de lo presente como por las amenazas de lo porvenir? Y al considerar los obstáculos que habeis tenido que vencer, me he dicho á mí mismo: ¿cuán grande seria esta nacion si se quisiera dejarla respirar con desahogo y vivir de su vida!... La tranquilidad se conservará, suceda lo que quiera. Un gobierno que se apoya en la masa entera de la nacion, que no tiene otro móvil que el bien público y al que anima esa fé ardiente que os guia con seguridad aun á través de un espacio en el que no hay trazado camino; ese gobierno, digo, sabrá llenar su mision, porque tiene en sí el derecho que viene del pueblo y la fuerza que viene de Dios.»

Esta seguridad de Luis Napoleon en medio de la inquietud general, pareció muy extraordinaria; preguntábase si no era temera-

ria y si se vería justificada por los hechos; y con tanto más motivo se hacia esta pregunta cuanto que se anunciaba como próxima una insurrección de los socialistas en el Mediodía de Francia.

El 2 de diciembre se leían en todas las esquinas de la capital los siguientes decretos y proclamas de Luis Napoleón Bonaparte: «En nombre del pueblo francés. El presidente de la república decreta: Queda disuelta la Asamblea nacional, restablecido el sufragio universal y abolida la ley de 31 de mayo. Se convoca al pueblo francés á sus comicios, á contar desde el 14 de diciembre hasta el 21 de diciembre siguiente.—Manifiesto al pueblo. Franceses: La situación actual no puede durar ya más tiempo. Cada día que pasa agrava los peligros del país. La Asamblea que debiera ser el más firme apoyo del orden se ha convertido en un foco de complots. El patriotismo de trescientos de sus individuos no ha podido contener sus fatales tendencias. En lugar de hacer leyes para el bien general, forja armas para la guerra civil, atenta al poder que yo tengo directamente del pueblo, fomenta todas las malas pasiones y compromete la tranquilidad de la Francia: yo la he disuelto y quiero que todo el pueblo juzgue á ella y á mí y dé su fallo. Bien sabéis que la Constitución ha sido hecha con el objeto de debilitar de antemano el poder que íbais á confiarle. Seis millones de votos fueron una brillante protesta contra ella, y sin embargo yo la he observado fielmente. Impasible me he mostrado á las provocaciones, á las calumnias y á los ultrajes. Pero hoy que el pacto fundamental no es ya respetado por aquellos mismos que sin cesar le están invocando, y que los hombres que han perdido ya á dos monarquías quieren atarme las manos para derribar la república, es un deber mío frustrar sus pérfidos proyectos, mantener la re-

pública y salvar al país invocando el solemne fallo del único soberano que yo reconozco en Francia: el pueblo.

»Apelo pues con lealtad á la nación entera y os digo: Si quereis continuar en este estado de malestar que nos degrada y compromete nuestro porvenir, escojed otro en mi lugar, porque yo no quiero ya un poder que es impotente para hacer el bien, que me hace responsable de actos que yo no puedo impedir y que me encadena al gobernalle cuando veo al bajel correr hácia el abismo. Mas si, por el contrario, teneis todavía confianza en mí, dadme los medios de cumplir con la graa misión que tengo de vosotros. Esta misión consiste en cerrar la era de las revoluciones satisfaciendo las necesidades legítimas del pueblo protegiéndole contra las pasiones subversivas; consiste principalmente en crear instituciones que sobrevivan á los hombres y que sean por último cimientos sobre que pueda asentarse algo duradero.

»Persuadido de que la inestabilidad del poder y la preponderancia de una sola Asamblea son causas permanentes de turbación y de discordias, someto á vuestros sufragios las siguientes bases fundamentales de una Constitución que las Asambleas desenvolverán más adelante: 1.º Un jefe responsable nombrado para diez años; 2.º Ministros dependientes de solo el poder ejecutivo; 3.º Un Consejo de Estado compuesto de los hombres más distinguidos, para preparar las leyes y sostener su discusión ante el cuerpo legislativo; 4.º Un cuerpo legislativo que discuta y vote las leyes, nombrado por el sufragio universal, sin escrutinio de listas que falsee la elección; 5.º Una segunda Asamblea compuesta de todas las ilustraciones del país, poder moderador, guardador del pacto fundamental y de las libertades públicas.»

En los días 20 y 21 de diciembre de

1851 la Francia electoral, votando cada cual en su pueblo, correspondió al llamamiento de Luis Napoleón con siete millones cuatrocientos ochenta y un mil doscientos treinta y un sí, contra seiscientos cuarenta y siete mil doscientos noventa y dos no. Al recibir Luis Napoleón esta noticia dijo: «La Francia ha correspondido al leal llamamiento que yo la hice. Ha comprendido que yo no me había salido de la legalidad sino para volver á entrar en el derecho. Mas de siete millones de votos vienen á absolverme, justificando un acto que no tenía otro objeto que ahorrar á la Francia y á la Europa quizá años de trastornos y de desgracias.»

A consecuencia de esta votación del pueblo francés, Luis Napoleón le dijo en una proclama de 14 de enero de 1852: «Cuando en mi proclama de 2 de diciembre os manifesté lealmente cuáles eran en mi concepto las condiciones vitales del poder en Francia, yo tenía yo la pretensión, tan común en nuestros días, de sustituir una teoría personal á la experiencia de los siglos. He buscado, antes bien, cuáles eran en lo pasado los ejemplos más dignos de imitarse, qué hombres los habían dado y qué bien había resultado. Desde ese momento creí lógico preferir los preceptos del ingenio á las especiosas doctrinas de hombres de ideas abstractas. He tomado por modelo las instituciones políticas, que ya á principios de este siglo, y en circunstancias análogas, han afirmado á la sociedad conmovida y elevado á la Francia á un alto grado de prosperidad y de grandeza. En una palabra, yo me he dicho: pues que la Francia no marcha desde hace cincuenta años sino en virtud de la organización administrativa, judicial, religiosa y financiera del consulado y del imperio, ¿por qué no habíamos de adoptar también las instituciones políticas de aquella época? Creadas por el mismo pensamiento

deben de llevar en sí el mismo carácter de nacionalidad y de utilidad práctica.» En ejecución de este plan, Luis Napoleón estableció un senado, un cuerpo legislativo y un Consejo de Estado parecidos y casi iguales á los del imperio.

En cuanto á la asamblea legislativa, la mayor parte de sus individuos estaban todavía durmiendo á las seis de la mañana del 2 de diciembre cuando un oficial fué á prender á dos de los tres cuestores que vivían en el mismo palacio de la asamblea y á intimar á los individuos que iban llegando á la sala de sesiones que se retirasen, pues de lo contrario serían también presos. Mas tarde se reunieron unos doscientos de ellos en una casa. El abogado Berryer, jefe del partido legitimista, reforzado por algunos socialistas, pronunció el restablecimiento del sufragio universal y la destitución de Luis Napoleón, y nombró al general Oudinot comandante de las tropas de la capital con un diputado socialista por jefe del estado mayor. De este modo pretendía el abogado Berryer conciliar todos los partidos contra Luis Napoleón. Pero subió á la sala un oficial y puso fin á aquella comedia prendiendo á los principales actores. Esta expedición tan hábil, tan inesperada y tan pronta, y que no costó una gota de sangre, divirtió algún tiempo al público á espensas de la asamblea en cuyo seno se habían oído más de una vez ultrajantes sarcasmos acerca de la incapacidad de Luis Napoleón.

Algunos días después hubo en ciertas calles de París alborotos y barricadas; sus autores eran los afiliados de las sociedades secretas; pero la población no tomaba en ello parte alguna. Los alborotadores fueron hábilmente concentrados en un solo barrio y vencidos en el espacio de dos horas por las tropas. En varios departamentos del centro y del Mediodía de la Francia hubo algunas in-

surrecciones mas largas y sangrientas; pero fueron igualmente vencidas por el valor y heroica abnegacion del ejército, particularmente de la gendarmería. Los mas culpables de entre los insurgentes fueron condenados á la deportacion, los demas á una vigilancia mas ó menos severa.

La Francia vió con placer este vigor de su gobierno. En el mes de julio Luis Napoleon hizo un viage á Strasburgo, y en el mes de setiembre otro en el Mediodia por Bourges, Lyon, Marsella, Tolosa, Burdeos y Tours. En todas partes fué recibido con entusiasmo y con las aclamaciones de «viva el emperador! viva Napoleon! viva el salvador de la Francia!» Mas enérgicas todavía y repetidas fueron estas aclamaciones en el Mediodia de la Francia, pues frecuentemente se añadía á ellas «viva Napoleon III!» En todas partes hablaron al príncipe los obispos como verdaderos obispos, y Luis Napoleon respondía como príncipe verdaderamente católico. «Adicto de todo corazón á la Religion y á su augusto Gefe, le dijo el obispo de Gap, el clero de la diócesis venera en vos, monseñor, en lo interior al protector ilustrado de esta Religion santa, y en lo exterior al formal restaurador del ilustre é inmortal Pio IX en la Silla de Roma.»

El obispo de Marsella le dijo al recibirle en la catedral: «El acto religioso que vuestra alteza imperial acaba de hacer públicamente y que es sabido se renueva fielmente en vuestra vida privada, muestra que los grandes pensamientos de vuestro corazón van mas allá de los hombres. En Dios, de quien procede todo poder, es donde quereis buscar vuestra fuerza. Así el obispo de Marsella, su cabildo y los demas representantes de su clero se felicitan, al recibiros á la puerta de esta iglesia, de reconocer en vos al hombre de la Providencia que os ha escogido para que

seais el instrumento de sus beneficios. Ella es la que os ha concedido inaugurar vuestro primer advenimiento al poder con el restablecimiento del trono temporal del Gefe de la Iglesia. Es verdad que ese fué el deseo de la Francia que no podía menos de ser recompensado; pero fué igualmente un favor del cielo que os puso en la mano la espada de la cristiandad y quiso renovar en vos las enseñanzas de la historia, uniendo de ese modo á vuestros destinos una bendicion fecunda para las cosas mas grandes. Así es que en el tiempo marcado habeis sido el libertador de vuestro país en visperas de las mayores desgracias. Será el mismo éxito y la misma gloria, porque será la misma la fidelidad con que en cumplimiento de vuestra mision providencial continuareis la obra inmensa confiada desde lo alto á vuestro corazón mas aún que á vuestro brazo, á vuestra fé católica mas aún que á vuestra gran prudencia.»

El príncipe despues de haber colocado la primera piedra de una catedral mas espaciosa, pronunció las siguientes palabras: «Señores: Me complace de que esta ocasion particular me permita dejar en esta gran ciudad una buella de mi tránsito por ella y que la colocacion de la primera piedra de la catedral sea uno de los recuerdos que vayan unidos al de mi estancia entre vosotros. En efecto, donde quiera que puedo, me esfuerzo por sostener y propagar las ideas religiosas, las mas sublimes de todas, puesto que ellas dirigen en los dias prósperos y consuelan en los adversos. Mi gobierno, dígolo con orgullo, mi gobierno es uno de los únicos que han sostenido la Religion por sí misma; la sostiene no como instrumento político, no por complacer á un partido, sino únicamente por conviccion y por amor al bien que ella inspira y á las verdades que ella enseña. Cuando vengais á este templo á implorar la proteccion del cielo par

aquellos que os son queridos, y para las empresas que hubiéreis comenzado, acordaos del que colocó la primera piedra de este edificio y creed que, identificándose para lo venidero con esta gran ciudad, entra con el pensamiento en vuestras oraciones y en vuestras esperanzas.»

En medio de estas alocuciones tan noblemente cristianas, lo que regocijaba aun mas á los corazones católicos era la adhesion filial y pública de los obispos al sucesor de San Pedro, Vicario de Jesucristo. El obispo de La-Rochela decía á Luis Napoleon: «Príncipe, el clero de la ciudad y diócesis de La-Rochela viene por conducto de su obispo á unir sus sentimientos á los del reconocimiento público. El nuestro no puede ser sospechoso, en este sitio, en el pavimento de esta catedral que al fin se acaba por vuestra autoridad. Dentro de poco los ornamentos pontificales, que deberemos á vuestra munificencia, darán en ella nuevo esplendor á nuestras solemnidades religiosas. En ella tendremos un especial placer en orar por el libertador de la Italia y de la Francia. ¡La Italia! ¡Ah! ¿podrá ella olvidar jamás que vos habeis roto sus cadenas y vengado los derechos de uno de los mas ilustres Pontífices que han llevado la tiara? ¿Podría olvidar esto el universo católico? ¿Por ventura no ha escrito en sus fastos inmortales el nombre de Carlomagno que realzó dignamente la Silla apostólica con sus elogios y la defendió valerosamente con su espada? Es verdad, ó príncipe, que la cátedra de San Pedro no puede perecer, pues se halla garantida por el oráculo divino contra los furiosos de las puertas del infierno; pero la potestad humana que ha protegido esa cátedra se asocia en cierto modo á la gloria de Aquel que la ha hecho imperecedera. Dejaré pues á otros el cuidado de realzar los servicios importantes que habeis prestado á la patria reconocida, limi-

tándome á recordar que nuestras poblaciones parecian presentirlos cuando por dos veces proclamaban vuestro nombre con mas de cien mil votos. Despues uniré mis acciones de gracias á las de la Iglesia y de su augusto Gefe. Bendeciré la feliz union de Roma y de Francia, de la Iglesia Madre y de su Hija querida, que no quiere tener mas de un corazón y un alma con ella. Ante un príncipe que sobre todo se honra con el título de católico ¿temeré yo espresar lo que el episcopado francés desea y aprecia como uno de los manantiales mas abundantes de los favores celestiales, á saber, la continuacion de la completa libertad de su culto, de su enseñanza, de sus santas asambleas? ¡Ah! mientras nuestra patria goce pacíficamente de estas preciosas ventajas, verá de dia en dia irse consolidando la felicidad de su pueblo, el cual no podrá ser constantemente grande y feliz sino bajo el imperio de la Religion y de la fé. Príncipe, esta prosperidad y esta dicha son el objeto de vuestros deseos y de los nuestros; vamos pues al pie de los altares á pedir que se vean realizados.»

Estas palabras del Ilmo. señor Villecour, obispo de La-Rochela, nos señalan la clave de la sociedad humana, el principal medio de asegurar la paz del mundo y la verdadera civilizacion; esa clave, ese medio es la entera union entre la Madre y la Hija, entre la Iglesia romana y la Francia. El Ilmo. señor Villecour con su libro intitulado *el Papa y la Francia*, contribuye poderosamente á reavivar y aumentar en el episcopado francés esta antigua y hereditaria devocion á la Iglesia Madre, devocion que ya hemos admirado desde los primeros siglos en San Ireneo de Lyon y en San Avito de Viena; devocion que con indecible gozo vemos reflorcer en nuestros dias por toda la tierra con su belleza siempre antigua y siempre nueva.

El 18 de octubre regresó Luis Napoleon

á Paris, entrando por un arco de triunfo que se le habia erigido con la siguiente inscripcion: *La ciudad de Paris á Luis Napoleon, emperador*. Las aclamaciones fueron las mismas que en las provincias. El 19 publicó Luis Napoleon el decreto siguiente: «La manifestacion brillante que acaba de hacerse en toda la Francia en favor del restablecimiento del imperio impone al príncipe presidente de la república el deber de convocar el Senado. El Senado se reunirá el 4 de noviembre próximo. Si de sus deliberaciones resultase un cambio en la forma de gobierno, el senatus consulto que hubiese adoptado será sometido á la ratificacion del pueblo francés. Para dar á este grande acto toda la autoridad que debe de tener, el cuerpo legislativo será llamado para consignar la regularidad de los votos, hacer su recuento y declarar su resultado.»—En 7 de noviembre el Senado adoptó el proyecto siguiente: «Se restablece la dignidad imperial. Luis Napoleon Bonaparte es emperador con el nombre de Napoleon III. La dignidad imperial es hereditaria en la descendencia directa de Luis Napoleon Bonaparte, de varon en varon, por orden de primogenitura, y con perpétua exclusion de las mugeres y de la descendencia de estas. Luis Napoleon Bonaparte, si no tuviere hijo varon, puede adoptar los hijos y descendientes legítimos, en la linea masculina, de los hermanos del emperador Napoleon I. Queda prohibida la adopcion á los sucesores de Luis Napoleon y á la descendencia de estos.»

Cuando se llevó este decreto al palacio de Saint-Cloud para presentarle á Luis Napoleon, contestó este: «Doy gracias al Senado por la solicitud con que ha correspondido á los deseos del país, deliberando acerca del restablecimiento del imperio y estendiendo el senatus-consulto que debe de ser sometido á a aceptacion del pueblo. Cuando cuarenta y

ocho años há, y en este mismo palacio, y en esta misma sala, y en circunstancias análogas, vino el Senado á ofrecer la corona al gefe de mi familia, el emperador respondió con estas memorables palabras: *Mi espíritu no estará ya con mi posteridad desde el dia en que ella dejare de merecer el amor y la confianza de la gran nacion*. Pues bien: hoy lo que mas afecta mi corazon es el pensar que el espíritu del emperador está conmigo, que su pensamiento me guia, que su sombra me protege, puesto que de una manera tan solemne venís en nombre del pueblo francés á probarme que he merecido la confianza del país. No necesito deciros que mi constante preocupacion será trabajar con vosotros por la grandeza y prosperidad de la Francia.»

En su consecuencia, el pueblo francés fué convocado para los dias 21 y 22 de noviembre á fin de que adoptase ó desechase lo siguiente: «El pueblo francés quiere el restablecimiento de la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleon Bonaparte con derecho hereditario en su descendencia directa, legítima ó adoptiva, y le dá el derecho de arreglar el orden de sucesion al trono en la familia Bonaparte, segun se dice en el senatus-consulto de hoy.» La Francia electoral respondió con cerca de ocho millones de votos afirmativos. El 2 de diciembre, el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado, presentaron el resultado de la votacion á Luis Napoleon y proclamaron á este emperador, el cual les contestó: «El nuevo reinado que hoy inaugurais no tiene su origen en la violencia, en la conquista, ó en la astucia, como tantos otros de que habla la historia. Es el resultado legal, asi acabais de declararlo, de la voluntad de todo un paeble que consolida en medio de la calma lo que habia fundado entre agitaciones. Estoy lleno de gratitud á la nacion que por tres veces en cuatro años me ha sostenido

con sus votos y que cada vez ha aumentado la mayoría de estos para acrecentar mi poder. Empero cuanto mas gana el poder en estension y en fuerza vital, mas ha menester de hombres ilustrados como los que me rodean cada dia; de hombres independientes cual son aquellos á quienes me dirijo para ayudarme con sus consejos, para contener mi autoridad dentro de sus justos limites, si es que alguna vez pudiera separarse de ellos.

Desde hoy tomo con la corona el nombre de Napoleon III, porque la lógica del pueblo me le ha dado ya en sus aclamaciones, porque el Senado le ha propuesto legalmente y porque la nacion entera le ha ratificado. Pero ¿quiere esto decir que, al aceptar este título, caigo en el error de que se ha acusado al príncipe que al volver del destierro declaró nulo y de ningun valor cuanto se habia hecho en su ausencia? Lejos de mí semejante extravío. No solamente reconozco yo los gobiernos que me han precedido, sino que heredo en cierto modo lo bueno ó malo que han hecho; porque los gobiernos que se suceden son solidarios de sus antecesores, á pesar del diverso origen que unos y otros tengan. Pero cuanto mas acepto todo lo que de cincuenta años á esta parte nos trasmite la historia con su inflexible autoridad, tanto menos permitido me era pasar en silencio el glorioso reinado del gefe de mi familia, y el título regular, aunque efímero, de su hijo, que las Cámaras proclamaron en el último arranque del patriotismo vencido. Asi pues el título de Napoleon III no es una de esas pretensiones dinásticas y anticuadas que parecen un insulto al buen sentido y á la verdad; es el homenaje tributado á un gobierno que fué legítimo y al cual debemos las mas bellas páginas de nuestra historia moderna. Mi reinado no data de 1815, data desde este mismo momento en que venís á poner en conocimiento mio el voto de la nacion.

«Recibid, pues, señores diputados, mis acciones de gracias por el brillo que habeis dado á la manifestacion de la voluntad nacional, haciéndola mas evidente con vuestro exámen y mas imponente con vuestra declaracion. Os doy gracias tambien, señores senadores, por haber querido ser los primeros en dirigirme vuestras felicitaciones, como lo fuisteis en formular el voto popular. — Ayudadme todos á asentar sobre esta tierra, conmovida con tantas revoluciones, un gobierno estable, que tenga por bases la Religion, la justicia, la probidad, el amor de las clases que sufren. — Recibid aqui el juramento que nada costoso me será para asegurar la prosperidad de la patria y que, aunque conservando la paz, no cederé en nada de lo que afecte al honor y á la dignidad de la Francia.»

El nuevo emperador toma el título siguiente: «Napoleon, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, emperador de los franceses.»

Pocos dias despues, el ministro de Negocios estrangeros del gobierno inglés decia en la Cámara de los Lores, al anunciar que la Inglaterra reconocia al nuevo emperador de los franceses: «Yo añado que si antes hubo alguna vez dudas acerca de la voluntad distinta y clara de otra nacion relativamente á la eleccion de un soberano, si alguna vez hubo dudas acerca de la intencion y voluntad de los franceses en otras épocas, por lo menos en esta ocasion es completamente imposible dudar de las intenciones de la nacion francesa. Por tres veces, y de la manera mas solemne, se ha manifestado el pueblo francés, con toda la publicidad que es posible, en favor de la misma persona..... A vista de esta inmensa manifestacion de la opinion del pueblo francés, habria sido imposible al gobierno de la reina no aconsejarla la aceptacion inmediata y cordial del cambio que se nos no-